

## EN CLAVE AGUSTINIANA

Leyendo la Nota doctrinal de la Comisión para la Doctrina de la fe de la Conferencia episcopal y el Documento “Quo vadis, humanitas?” de la Comisión Teológica Internacional, en clave agustiniana, surgen una serie de resonancias que invitan a la reflexión y se proyectan en el futuro. Solo quiero poner de relieve algunas.

Sin duda **para Agustín el corazón, el deseo y la voluntad son elementos centrales en su reflexión teológica y espiritual**, bástenos recordar, lo que nos dice: “La vida entera del buen cristiano es un santo deseo. Lo que desees aún no lo ves, pero deseándolo te capacitas para que, cuando llegue lo que has de ver, te llenes de ello. Es como si quieres llenar una cavidad, conociendo el volumen de lo que se va a dar; extiendes la cavidad del saco, del pellejo o de cualquier otro recipiente; sabes la cantidad que has de introducir y ves que la cavidad es limitada. Extendiéndola aumentas su capacidad. De igual manera, Dios, difiriendo el dártelo, extiende tu deseo, con el deseo extiende tu espíritu y extendiéndolo lo hace más capaz. Deseemos, pues, hermanos, porque seremos llenados” (Comentario a la epístola de Juan 4, 6).

El deseo es algo así como el altavoz del corazón: “Porque el que está deseando, aunque su lengua calle, canta su corazón. En cambio, el que nada desea, aunque a gritos aturda los oídos de los hombres, está mudo para Dios” (Comentario al salmo 86, 1). Este deseo interior grita ante Dios y Él lo escucha: “Y en tu presencia está todo mi deseo. ¿Y qué pasaría si el deseo está en su presencia, pero no el gemido? ¿Y cómo podrá suceder esto, cuando la voz del deseo es el gemido?... Si permanece el deseo, permanece el gemido; no siempre llega a los oídos humanos, pero nunca se aparta de los oídos de Dios” (Comentario al salmo 37, 14).



Pero hemos de reconocer que **Agustín también afirma que hay que tener en cuenta la razón, porque Dios así lo quiere: “Dios está muy lejos de odiar en nosotros esa facultad por la que nos creó superiores al resto de los animales. Él nos libre de pensar que nuestra fe nos incita a no aceptar ni buscar la razón, pues no podríamos ni aun creer si nouviésemos almas racionales” (Carta 120, 3).**

**Agustín es el mejor defensor de la relación fe-razón como dinamismo teológico y filosófico. Defiende el puesto de la voluntad y los apetitos, pero si se ejercitan rectamente:** “Nos interesa conocer cómo es la voluntad del hombre: si es perversa, tendrá esos movimientos perversos, y si es recta, esos mismos movimientos no sólo no serán culpables, sino hasta laudables. En efecto, en todos esos movimientos está la voluntad; mejor aún, todos ellos no son otra cosa que voluntad. ¿Qué es el deseo y la alegría, sino la voluntad encaminada a estar de acuerdo con lo que queremos? Y ¿qué es el miedo y la tristeza, sino el alejamiento de lo que no queremos? Pero recibe el nombre de apetencias cuando en el apetito estamos de acuerdo con lo que queremos; y se llama alegría cuando estamos en el disfrute de esas mismas cosas. Así también, la voluntad se llama miedo

cuando rehusamos aquello que no queremos nos suceda; y se llama tristeza cuando rehusamos lo que tenemos presente sin quererlo” (La ciudad de Dios 14, 6).

Es muy importante darnos cuenta que también el corazón tiene sus normas de actuación, para Agustín el corazón ha de estar ordenado, ya que es fundamental el orden en el amor: **“El mismo amor que nos hace amar bien lo que debe ser amado, debe ser amado también ordenadamente, a fin de que podamos tener la virtud por la que se vive bien. Por eso me parece una definición breve y verdadera de la virtud: el orden del amor”** (La ciudad de Dios 15, 22). Es natural que lo más importante tenga más importancia también para nosotros: “Conviene que el inferior se someta al superior, para que también el que quiere que le esté sometido lo inferior se someta a lo superior. Reconoce el orden, busca la paz. Tú a Dios, la carne a ti” (Comentario al salmo 143, 6). Traduciéndolo en la relación con Dios resulta lo siguiente: “¿Qué cosa más justa, qué cosa más bella? Tú al Mayor, a ti el menor. Obedece tú a Aquel que te hizo para que te obedezca a ti lo que fue hecho por causa tuya, pues no hemos conocido ni hemos recomendado este orden: a ti la carne, y tú a Dios; sino tú obedece a Dios, y la carne a ti. Si tú desprecias a Dios, nunca conseguirás que la carne te esté sometida. Si no obedeces al Señor, te atormentarán los siervos” (Comentario al salmo 143, 6).



**Evidentemente Agustín quiere ir más allá de las castañuelas para adentrarse en bases firmes y centrarse en Cristo y en la Iglesia, hasta el Cristo Total: "Porque Cristo no está únicamente en la cabeza y no en el cuerpo, sino que Cristo está todo entero en la cabeza y en el cuerpo. Lo**

**que son sus miembros lo es también Él; mas lo que es Él no lo son siempre sus miembros"** (Comentario al Evangelio de Juan 28, 1). Esta unión, que nos proporciona la salud, es fruto de la caridad: "La salud de este Cuerpo es la unión de sus miembros y la trabazón de la caridad. Si se resfría la caridad, sobreviene, aun perteneciendo uno al Cuerpo de Cristo, la enfermedad" (Sermón 137, 1).

Reconoce que la doctrina de la Trinidad es un pilar seguro donde apoyarse: “Cuando hayas conseguido los tres panes, es decir, el alimento que es el conocimiento de la Trinidad, tendrás con qué vivir tú y con qué alimentar al otro. No tengas miedo de que venga un peregrino de viaje, al contrario, hazle miembro de tu familia recibéndole. No temas tampoco que se te acaben las provisiones. Ese pan no se termina; antes bien, terminará él con tu indigencia. Es pan, y es pan, y es pan: Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo... Aprende esto tú y enséñalo. Vive tú de él y alimenta al otro. Dios, que es quien da, no puede darte cosa mejor que a sí mismo” (Sermón 105,4).

Agustín ve al ser humano como un misterio, abismo le llama él (Cfr. Confesiones 2, 3, 5), es un ser frágil, que tiene que cuidarse: “¿Por ventura no somos más frágiles que si fuéramos de vidrio? Pues el vidrio, aunque es frágil, dura mucho tiempo si se le trata con cuidado; de hecho, encuentras copas de abuelos y bisabuelos en las cuales todavía beben los nietos y bisnietos. Tanta fragilidad cuidada ha llegado a ser añosa. Nosotros, por el

contrario, somos hombres y caminamos con nuestra fragilidad entre tantas pequeñas muertes cotidianas" (Sermón 17, 7). Pero su grandeza está en que es imagen e Dios: "El hombre es imagen de Dios, en cuanto es capaz de Dios y puede participar de él" (La Trinidad 14,8,11). Sigue siendo imagen incluso después de esta avería: como dice Agustín "su naturaleza es sublime, pues es capaz y puede ser partícipe de una gran naturaleza" (La Trinidad 14,4,6). Preguntarnos quienes somos es elemental: "Entonces ¿quién soy yo? ¿Cuál es mi naturaleza?" (Confesiones 10,17,26). Y es consciente que al plantearse el problema de su naturaleza y su destino estaba afrontando una cuestión de alcance universal, porque "¿qué es mi corazón sino un corazón humano?" (La Trinidad 4, prólogo). **Es importante resaltar en qué y cómo somos imagen de Dios: "Si ha sido creada a imagen de Dios en cuanto puede usar de su razón e inteligencia para conocer y contemplar a Dios, es evidente que..., ya esté envejecida que apenas sea imagen, ya se encuentre entenebrecida y desfigurada, ya nítida y bella, jamás dejará de existir" (La Trinidad 14,4,6).** Buscar las huellas dejadas por Dios es una buena manera de conocerle: "En efecto, Dios hizo al hombre a imagen y semejanza. Busca en ti mismo; posiblemente la imagen de la Trinidad haya dejado algún vestigio de la Trinidad misma" (Sermón 52,17).



**Agustín siempre nos invita a generar futuro desde la esperanza y a ser concretos:** "Yo confieso que me doy enteramente a la caridad de los que viven conmigo, cansado como estoy de los escándalos del siglo. En esa caridad descanso sin recelo, porque en ella siento a Dios, en quien me arrojo seguro y en quien reposo quieto... Cuando veo a un sujeto inflamado en la caridad cristiana y siento que por ella se hace amigo mío y fiel, me hago cargo de que todos los pensamientos que le confío, no se los confío a un hombre, sino a Dios, en quien él permanece cuando es caritativo" (Carta 73,10). Quiere que tengamos en cuenta todos los aspectos donde se manifiesta la vida común. En este sentido encontramos en Agustín algunas intuiciones que merece la pena que nos paremos y pongamos de relieve, me refiero a las formas de las vidas comunes que se encuentran articuladas y distribuidas según niveles de expresión creciente, elevándose hasta el cielo: "Mirada desde ellos, la presente vida feliz es también vida en sociedad cuando se busca el bien de los amigos por el bien mismo, como si fuera propio, queriendo para los amigos lo mismo que se quiere para sí. Esta vida puede ser bajo el mismo techo, como los esposos, los hijos y quienes con ellos conviven; o también en un lugar determinado donde esté su casa, como, por ejemplo, la ciudad y los que se

llaman ciudadanos; o puede ser en todo el orbe, como ocurre con las naciones, a quienes liga la sociabilidad entre sí; y también puede ser en el universo entero, lo que entendemos por cielo y tierra, como son -dicen ellos- los dioses, a quienes se complacen en hacerlos amigos del hombre sabio, y a quienes nosotros más comúnmente llamamos ángeles” (La ciudad de Dios 19, 3, 2).

Aunque tantas otras cosas sugieren estas lecturas, quisiera terminar con la propuesta agustiniana a la interioridad: **“No quieras derramarte fuera; entra dentro de ti mismo, porque en el hombre interior reside la verdad; y si hallares que tu naturaleza es mudable, trasciéndete a ti mismo, mas no olvides que, al remontarte sobre las cimas de tu ser, te elevas sobre tu alma, dotada de razón. Encamina, pues, tus pasos allí donde la luz de la razón se enciende”** (La verdadera religión 39, 72).

Es una invitación a no ser meros turistas de la vida: “Viajan los hombres por admirar las alturas de los montes, y las ingentes olas del mar, y las anchurosas corrientes de los ríos, y la inmensidad del océano, y el giro de los astros, y se olvidan de sí mismos” (Confesiones 10, 8, 15). Ciertamente esto no es valorado en nuestro mundo, no entra en el currículo, pero es esencial para ordenar nuestra vida y para conocernos: “En gran estima suele tener el humano linaje la ciencia de las cosas terrenas y celestes; pero sin duda son más avisados los que a dicha ciencia prefieren el propio conocimiento. Más digna de alabanza es el alma conocedora de su debilidad que la de aquel que, desconociendo su condición enfermiza, avizora el curso de los astros en afanes de nuevos conocimientos con el fin de contrastar nuevas teorías, pero ignora la senda de su salvación y de su estabilidad” (La Trinidad 4, pról., 1).

P. Santiago Sierra, OSA